

hecho de que esa entrega siga siendo, generalmente, una entrega **dirigida**, mediatizada, cuidadosamente programada para mentalizar a la gente sobre lo que tiene que desear obligatoriamente. Y hasta tales extremos alcanza esa mentalización, que se sigue jugando con la libertad del individuo, dándole la pauta y machacándole sin tregua las meningues sobre la naturaleza misma de esa libertad, que debería ser personal e intrasferible y se convierte en ocnicionada a la utilización consumista de unos productos cuidadosamente concebidos para crear nuevas obligaciones, nuevas necesidades, caprichos que nadie tendría si no se le descubriera que es imprescindible tenerlos.

Por ese camino, y según supongo que podrá apreciar quien aún se sienta capaz de utilizar medio racionalmente su cerebro, resulta que la finalidad de esa Civilización del Ocio es trocar el significado de las palabras, para que donde se lee «digo» se sobreentienda «Diego» Es

decir, para alterar la semántica más elemental, haciendo que deseemos lo que se nos esta metiendo por los ojos, como una necesidad implantada que sustituiría otras necesidades que son realmente nuestras. Con lo cual se nos vende nuestra misma voluntad con el dinero que hemos adquirido a cambio del trabajo no deseado.

Y ahí es donde a uno comienzan a cruzársele los cables. Porque cabe compartir la frustración de quien nunca alcanzó deseos infantiles con vocación aventurera, pongo por caso. Pero nunca podría entenderse -y, sin embargo, sucede- que ese mismo individuo descubra que lo que realmente estuvo deseando durante toda su vida, aquello por lo que ahora merece la pena de luchar y de sudar y de entraparse con letras y prestamos, es el último grito de la tecnología venido el Extremo Oriente, que habrá de permitirle más horas extra de estúpido dependencia ante la pantalla de ese televisor que «toda la vida» se soñó en color radiante. O es un

automóvil con «presataciones» que ni se pensó que existieran ni seguramente maldita la falta que le hacen. O es la comida en un restaurante de recién adquirida fama donde le servirán mezclas que probablemente siempre odió, porque su sueño -auténtico, el que tuvo siempre de niño- fue comerse por la noche dos huevos fritos con patatas que era justamente lo que su madre le racionaba preocupada por el cuidado de su dieta.

ANGLO CENTRE

Escuela de Idiomas
INGLES y ALEMAN

Todos niveles, niños y adultos

Pl. S. Vicente, 4 - 22 20 67
C/ Escalona, 4 - 22 71 71

COMERCIO 38

CAFETERIA / REPOSTERIA

Tel. 21 00 20

TOLEDO